

Julio NEIRA

Memorial de disidencias.

Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald

Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2014

(Premio Antonio Domínguez Ortiz de biografías 2014)

José Manuel Caballero Bonald, además de Premio Nacional de las Letras (2005), Premio Nacional de Poesía (con *Manual de infractores*, 2006), Premio Cervantes (2012) –entre sus últimos premios más destacados–, es navegante, flamencólogo, juerguista, aficionado a los prostíbulos, política y vitalmente comprometido, defensor de los derechos de los escritores e incluso de los derechos de autor (antes incluso de que existiesen como tales, p 378)¹... Sorprende sin duda lo heterogéneo y vital del protagonista, merecidamente biografiado.

«José Manuel Caballero Bonald es uno de los escritores españoles más fecundos e innovadores de las últimas décadas, con amplios intereses que abarcan la poesía, la novela, el ensayo o la crítica, pero su proyección pública no se ha limitado al ámbito de la literatura en el que ha ejercido como maestro indiscutido para varias generaciones de lectores. En efecto, su radical oposición –permanentemente renovada desde los primeros tiempos de la lucha antifranquista– a los dogmatismos, el orden estatuido y las actitudes acomodaticias, así como su defensa de la libertad y la justicia social, retratan al jerezano como un intelectual lúcido, exigente y comprometido. *Memorial de disidencias* traza un pormenorizado recuento de su trayectoria, fruto de una investigación que ha contrastado los recuerdos que el protagonista recuperó en *La novela de la memoria* o hizo aflorar en

1. Para las citas, señalaremos la página correspondiente de la obra que reseñamos, J. Neira, *Memorial de disidencias. Vida y obra de José Manuel Caballero Bonald*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2014.

su narrativa y en su poesía, con otras fuentes documentales, aportando el relato minucioso, fluido de una vida pródiga en experiencias, esperanzas y desencantos, así como la valoración de su obra y el panorama general de toda una época.» (Texto de la contraportada)

Julio Neira (Madrid, 1954) es catedrático de Literatura Española en la UNED y, en la última década, fue director del Centro Generación del 27 (con sede en Málaga) y director general del Libro, Archivos y Bibliotecas de Andalucía. Como es lógico, la trayectoria profesional y personal del investigador subraya y redimensiona algunos aspectos tratados en la obra. Su trabajo como gestor cultural y su conocimiento directo de bastantes de las cuestiones que trata (léase, por ejemplo, las referencias a la Fundación Rafael Alberti) le permiten valorar el trabajo desarrollado a favor de la cultura por Caballero Bonald, y detenerse en aspectos que amplían la perspectiva de esta biografía, dándole unas dimensiones de época, no solo de autor. Su conocimiento de Andalucía, donde reside desde hace unos años y que ha recorrido de extremo a extremo, le permite tener una perspectiva más cercana de bastantes de los sucesos, y facilita que la información que da y las referencias que utiliza estén más contextualizadas.

La obra está dividida en dos partes, «Tiempo que es ya fábula», que consta de ocho capítulos y «En compañía de otros», de diez. Cada una abarca más o menos la primera mitad y la segunda de la vida del escritor (de 1926 a 1961, y de 1962 a 2013, respectivamente). –Se trata de la biografía de un autor vivo, vital e inquieto, como ya hemos dicho. El biógrafo pone el límite en al año 2013–.

En la introducción de la obra, el autor, Julio Neira, explica –como es de esperar– por qué ha escrito esta larga obra (622 páginas en total, 558 hasta el final del último capítulo, antes del apartado de notas y bibliografía). Ya desde el título encontramos palabras clave: vida, memoria, recuerdo y ficción. ¿Por qué la biografía de un autor que ha escrito unas cuantas obras autobiográficas? Para añadir al testimonio personal del propio autor otras perspectivas y la mayor documentación disponible, como puntualiza el investigador, además de hacer referencias a su creación literaria.

Aclara que, además de la consulta de los abundantes documentos de la Fundación Caballero Bonald (en Jerez de la Frontera), de diversos archivos y material de hemeroteca, ha contado con la ayuda del propio autor y de su esposa, Josefa Ramis, lo que, indudablemente, supone un gran aliciente para la obra y para el lector. Agradece, además, su trabajo a los técnicos del Archivo Histórico Nacional, Archivo General Militar de Segovia, Archivo del Museo Naval de Madrid, Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, Archivo Histórico Provincial de Cádiz, Archivo Municipal y Biblioteca de Jerez de la

Frontera, Centro de Documentación de la Memoria Histórica de Salamanca, Centro Generación del 27 de la Diputación de Málaga y Archivo del Instituto Internacional de Madrid. Resume así (sin que el lector tenga que buscarlo en las notas) los lugares que ha recorrido para buscar la información necesaria para documentar esta bien contrastada obra.

Julio Neira va especificando en cada caso sus fuentes. Archivos, periódicos... Como cuando se refiere al final del Servicio Militar del autor: «ocurrieron bastantes cosas, como en seguida se verá, de las que tenemos noticia sobre todo a través de su relato» (157). En este sentido, como investigación, la obra puede servir de modelo a los que empiezan en este tipo de trabajos.

Memorial de disidencias, entre otras cosas, es una reivindicación de la gestión cultural (no en vano encontramos referencias a diversas fundaciones y a su buen o mal funcionamiento), y de la trascendencia que pueden tener todas estas instituciones culturales si esa gestión se lleva a cabo bien. A este respecto, Neira no pierde la ocasión de ofrecer, al hilo de la vida y obra del poeta y novelista, la información relacionada, por ejemplo, con Alberti (amigo de Caballero Bonald) y su fundación en Cádiz. Habla de la muerte de Alberti, el 28 de octubre de 1999 en Puerto de Santa María. Explica sobre los actos tras la defunción: «Algunos de ellos [amigos] le dedicaron un íntimo homenaje el 12 de noviembre convocados por su hija Aitana, que había viajado desde Cuba pero no había podido ver su cadáver antes de ser incinerado, y su sobrina Teresa. Pocos días después Luis García Montero denuncia la supresión de los nombres de esas personas queridas por el poeta en la última edición de *La arboleda perdida*, manipulación de la que su editor, Mario Muchnik, responsabiliza a la viuda. Caballero Bonald condenó públicamente la que considera intolerable intromisión en la obra de Alberti» (490).

El título de la obra refleja la perspectiva desde la que se escribe la misma. El autor, Julio Neira, nos presenta desde el comienzo a un ciudadano, Caballero Bonald, que mantiene de principio a fin una coherencia ética que justifica *Memorial de disidencias*. La obra está salpicada de estas referencias a la coherencia personal, intelectual, literaria, política, ética...: «lo que dada su carencia de patriotismo debió de resultarle un alivio» (82). O, en la página siguiente, sobre el referéndum convocado para aprobar la ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, en el que, por hallarse de servicio en circunstancias especiales mientras realizaba el Servicio Militar, no tuvo que participar porque «por orden de la Superioridad no se celebró el referéndum». Neira subraya: «Caballero Bonald volvió a librarse de una servidumbre con la que luego hubiera estado en radical desacuerdo» (83). Transmite la imagen de un Caballero Bonald complejo (como es de esperar, sin duda), tan dado a la juerga con los amigos como a la sensibilidad:

«En sus memorias se aprecia la emoción con que, a más de medio siglo de distancia, evoca el recuerdo de esa muchacha sencilla y de espíritu limpio a la que nunca olvidaría» (100).

Hay espacio, también, para sus ideas ético-estéticas sobre la función del arte y la poesía. Criterios sobre la poesía y crítica a la orientación de la poesía actual: «También declara percibir confusión en la poesía actual, una positiva actitud de búsquedas, pero muy poco riesgo en la experiencia del lenguaje, que a su juicio es la auténtica naturaleza de la poesía» (495). Cuando recibe el Premio Nacional de las Letras Españolas (2005), en entrevista a Juan Cruz «explica lo que cree que ha premiado el jurado: «Que escriba esmeradamente, que cuente las cosas con una base estilística solvente. Para mí, el estilo es fundamental, aunque otros opinen que no importa» (508).

No se habla demasiado de su vida familiar después de casado. Sí se hace referencia al nacimiento de los hijos, pero poco más. Por ello se agradece un párrafo en el que el autor también intenta hacer justicia: «Esos desplazamientos, como siempre en los últimos años, los hace junto a su mujer, la compañera de más de medio siglo. Él mismo y cuantos les conocen coinciden en que la mejor decisión de su vida fue casarse con Pepa Ramis, porque ella ha sido la clave sobre la que se ha sustentado su estabilidad emocional, quien ha sabido cimentar la familia, le ha ayudado a superar las dificultades y las fases de desánimo, impulsándole al trabajo y a desarrollar una carrera de escritor» (537).

Julio Neira, como si de una novela se tratase, va sembrando elementos de intriga, apuntando algo que más adelante veremos se confirma. Es una estrategia narrativa cuyos ejemplos podemos encontrar a lo largo de la obra: «Fijación que le acompañaría largos años, pues él mismo narra en sus memorias la obstinación con que en su primer viaje a Cuba buscó “yacer con una negra”, lo que ocasionó un divertido juego de duplicidades y equívocos» (27). No evita otras estrategias, como el plural englobador (o de modestia, o ambos al mismo tiempo): «sabemos que la madre...» (30). Ni una cierta actitud pedagógica del profesor que va dando su clase y pensado en voz alta, para hacer más entretenida esta: «Lo que significa que por ambas ramas de su familia...» (31). Al final del capítulo siete abre la idea del matrimonio de Caballero Bonald con Pepa Ramis. Y termina también con ese elemento de intriga: «No acertó ni en la fecha ni en el itinerario del viaje» (222). Quizá por la extensión de la obra y la superabundancia de información siente la necesidad de animar al lector a seguir, con frases como: «Pronto veremos qué motivaba esa mala conciencia» (160).

Otro elemento en la obra son algunos rasgos de humor, cuando es posible. El biografiado, actual premio Cervantes, recibe como nombre José Manuel Julio de la Santísima Trinidad, y Neira deja buena constancia de ello (35). Se ex-

plica, en referencia a los estudios sobre flamenco y cante de Caballero Bonald: «El éxito del proyecto se sustentó en varias claves: la primera fue la búsqueda de la autenticidad en las fuentes originales: caseríos, aldeas, casas particulares de la geografía andaluza significativa del cante (Cádiz, Sevilla, Córdoba, Málaga), para lo que se emplearon métodos de investigación rigurosos (vehículos todoterreno, tiendas de campaña)» (288). Afirmación esta última que no sabemos si tomar en serio o en broma.

El investigador tiene claro cuáles son los datos ineludibles en la biografía de un escritor. En este sentido resulta bastante clásico. Uno de estos datos lo constituye el posible origen (uno de ellos) del interés de Caballero Bonald por la literatura: su tía Isabela «dotada de una notable disposición para las cuestiones artísticas, y ella fue quien desde muy pronto trató de inculcarle el gusto por la lectura, regalándole libros de autores como London, Stevenson, Melville, Conrad o Verne, que despertaron en el niño no solo la afición por la aventura, sino también la posibilidad de inventarlas y escribirlas él mismo» (38).

A lo largo de la obra, como se «promete» desde la introducción, se ofrece información no solo sobre la vida de Caballero Bonald, sino además muchos detalles que ilustran la época, detalles hoy en día ya desconocidos para algunos y casi olvidados para otros. Por ejemplo, la solicitud de Caballero Bonald para el examen de Ingreso, que escribió a los 10 años, siguiendo el modelo establecido. Los términos, actualmente, nos resultan significativos, reveladores, llamativos...: «Que creyéndose preparado para el examen de Ingreso en ese Centro de su muy digna dirección a V. S. Suplica, tenga a bien dar las oportunas órdenes para que sea admitido a dicha prueba previo el pago de los derechos correspondientes y la exhibición de los documentos exigidos por las leyes hoy en vigor. Es gracia que espera alcanzar del recto proceder de V. S. cuya vida Dios guarde muchos años» (49).

Son detalles de la vida pública y, también, en ocasiones de la vida privada de una época («historia de la vida privada» como concepto historiográfico). Vivencias que, por pudor, etc., no se acostumbra a reflejar en las obras y que resultan interesantes e iluminadoras, además de sórdidas en ocasiones: «al poco tiempo la relación empezó a discurrir con metódica rutina bien lejos de la tormentosa pasión romántica que él anhelaba, de modo que intentó activarla dándole una dimensión sexual de la que hasta entonces carecía. Logró llevarla a las afueras del pueblo y allí intentó hacerla suya, pero solo accedió a dejarse besar y manosear sobre la ropa. Le dejó claro [ella] que cualquier otro tipo de acceso carnal estaba reservado a la noche de bodas. Aunque sí se compadeció del estado de sobreexcitación que él había alcanzado y se ofreció a aliviarlo mediante una masturbación [...] que era lo acostumbrado entre las mozas de la zona» (79). (Suceso de hacia 1945).

Otros datos, económicos en este caso, son interesantes para situarnos en este contexto intrahistórico o de la vida privada que nos ofrece el autor. Hablamos de 1958: «la edición del libro cuesta 12.500 pesetas, para una tirada de 500 ejemplares corrientes y 50 en edición de hilo para bibliófilos» (208). O sociopolíticos, como la declaración de Caballero Bonald tras su detención por la policía en 1962, que, con gran acierto, se ofrece completa, y que aporta una excelente imagen de la época, así como el alcance de las multas impuestas, 15.000 pesetas a Caballero Bonald, 5000 a su esposa Pepa Ramis, mucho dinero sin duda actualmente y muchísimo más para la época (270-272).

Sabemos, también, de muchos proyectos iniciados que no llegaron a buen puerto, y que nos permiten reconstruir la vida real, en su día a día, de un escritor. Como una historia de la literatura: «Para ello resultó decisivo que la casa tuviera un torreón en el que instaló su cuarto de trabajo, donde, cuando se armaba de ánimo, redactaba un manual de historia literaria que le había encargado Planeta, y que finalmente no llegaría a salir» (327).

Ya desde el comienzo nos anuncian que Caballero Bonald será un «niño de natural travieso e inquieto» (29), y continuará siéndolo, en sentido literal y figurado, toda la vida. En esta biografía, podemos suponer, que a partir del acuerdo de biógrafo y biografiado, no se ha omitido nada. Y no me refiero con esto a la extensión o a las relaciones de nombres que a veces resultan un tanto prolijas. Sino a aspectos de la vida de Caballero Bonald de los que habitualmente no se habla, como por ejemplo, su inclinación por ambientes prostibularios y tabernas, su afición al vino, sus prontos violentos. Y mucho menos en vida del autor, e incluso de su esposa. Responde, en este sentido, a la inquietud del propio Caballero Bonald a la hora de escribir sus memorias: «le atascaba la duda de si debía contar determinados recuerdos que podrían resultar “peliagudos” para terceras personas, pero cuya omisión revelaría cobardía o una actitud pusilánime frente a la experiencia personal» (483).

Aparte de los datos que llamamos de «historia de la vida privada», cada tanto el autor añade información histórica que permite, sobre todo a los más jóvenes, contextualizar lo que se cuenta (ejemplo: 348). Nos recuerda la obra realidades de hace unas décadas que hoy nos llaman la atención, que los más jóvenes desconocerán, ignorarán incluso de oídas. Es el caso de la censura. Tenemos en la obra un caso ilustrativo: «*Las adivinaciones* apareció en marzo de 1952 –según el colofón se acabó de imprimir el 29 de febrero, era año bisiesto, en Gráficas Arges, de Madrid–, después de superar el imperativo examen de la censura gubernativa. La documentación conservada en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares nos permite conocer el juicio que le mereció al censor: «Poesías líricas, probablemente de autor americano, de po-

sitivo valor literario. Esta última condición justifica hasta cierto punto algunas crudezas en las páginas arriba indicadas». Se refiere a fragmentos censurados en los poemas «Carnal fuego armonioso», «Espera» y «Poema en la escritura», donde un verso tan inocuo como el último de la cuarta estrofa –«la ternura de un cuerpo volcado sobre otro»– era eliminado. El 7 de marzo se comunicaron a la editorial las supresiones, todas motivadas por un exceso de carnalidad. La editorial reclama en instancia del 31 de marzo, alegando que «en ninguna de sus partes atenta al dogma, a la moral ni al Estado», los tres parámetros censorios, y finalmente el libro es autorizado el 7 de abril, cuando ya debía de estar en las librerías» (144).

Como hemos mencionado, en ocasiones la cantidad de datos puede resultar abrumadora para el lector no muy versado en esta época de la historia y de la literatura. No obstante, resulta muy enriquecedor e ilustrativo también. Por ejemplo: «El éxito del Congreso de Segovia animó a las autoridades a convocar una segunda edición en el verano de 1953 en Granada, pero Vicente Aleixandre se opuso arguyendo que el alevoso asesinato de Federico García Lorca estaba demasiado próximo, y se decidió celebrar en Salamanca con el apoyo de su Universidad, de la que era rector Antonio Tovar, y aprovechar la ocasión para rendir homenaje a Fray Luis de León y a Miguel de Unamuno. Las sesiones se iniciaron el domingo 5 de julio y se desarrollaron hasta el viernes día 10» (172). Julio Neira no pierde ninguna ocasión para aportar los datos que considera pueden resultar significativos para el lector, ni para dejar constancia de algo que supone hoy en día olvidado: «También consigna la visita de Daniel Roselló, un amigo muy esporádico de la nocturnidad madrileña, primo del falangista José Antonio Samaranch, que llegó acompañado de su amante Agustín el Infame, con quien mantenía actitudes cariñosas en público que produjeron mucho escándalo» (187).

En la mayoría de las enumeraciones de nombres que se recogen en la obra, que son abundantes y que responden a diferentes motivos, hoy en día puede llamarnos la atención que prácticamente solo aparecen hombres. Podemos constatar el cambio de época, aunque en las enumeraciones referidas a la actualidad tampoco es que aparezcan demasiadas mujeres en estos ambientes culturales, artísticos, literarios que se reflejan. Sobre *Papeles de Son Armadans*, dice: «El primer número de la revista apareció en abril de 1956 y contenía ya colaboraciones de gran calidad: poemas de Dámaso Alonso y Carles Riba arropados por ensayos de firmas muy prestigiosas: Gregorio Marañón, Ricardo Gullón, Alonso Zamora Vicente, junto a las de los más jóvenes José María Castellet, José María Moreno Galván, Rafael Sánchez Ferlosio; y notas de Cela, Luis Ripoll y Caballero Bonald» (193). Hasta el año 1962 no aparecen las mujeres pro-

tagonizando una manifestación, en solidaridad con las esposas de los mineros asturianos (270).

A través de la obra conocemos, como se anuncia, la biografía del poeta jezezano y, también, como es lógico, mucho sobre su obra y sobre los criterios estéticos e ideológicos que la impulsan y que subyacen en ella. Tras unos versos, Neira recomienda: «Nótese que el final de esta estrofa muestra la imagen de la vida transida por el íntimo impulso de la insurrección. Insurrección ante las injusticias y las afrentas de la realidad, que en el oscuro 1956 parecía estéril, pero que era ya entonces consustancial a su personalidad y se mantendrá incólume toda su existencia» (199).

Como hemos señalado, se ofrecen también los criterios estéticos desde los que Caballero Bonald construye su obra. En palabras del propio escritor (procedentes de sus memorias) que el investigador ofrece: «Terminé convenciéndome de que existía una manifiesta incompatibilidad entre el trabajo creador y la actividad política [...] Y me llevó mi tiempo aceptar una conclusión nada perspicaz: la de que el escritor traspasará siempre a su obra, aun sin proponérselo, su propia ideología, pero en ningún caso debe tramitar su obra bajo la apriorística coacción de esa ideología» (286).

Como se aprecia en la obra, Julio Neira ha consultado probablemente todos los documentos consultables actualmente sobre Caballero Bonald, entre ellos el epistolario. Hemos hecho referencia a la abundancia de datos, que en ocasiones marean. Por ejemplo los detalles de las cartas del escritor a Barral y a J.A. Goytisolo en verano de 1960. No obstante, aunque al lector solo interesado le resulten prolijos, probablemente al especializado le sirven (255, toda la página). –No obstante, hay párrafos en los que el pormenor llama mucho la atención. Por ejemplo, el viaje de Caballero Bonald a Marruecos: si visita la ciudad por la mañana y por la tarde, en qué hoteles se aloja... (494)–².

Puede servir una de las reflexiones del escritor para relacionarla con la Didáctica de la Literatura: «La literatura siempre es un arma para defenderse de algo con lo que uno no está de acuerdo. La literatura es una equivalencia pero también es una afirmación. Pero no conviene confundir el orden de los factores.

2. Sobre el exceso de datos y de precisiones, concretamente de nombres propios, yo haría un reproche al autor: en alguna ocasión aparecen personas (no sé si hoy vivas o muertas, pero no creo que sea lo más importante) e «intimidades» de esas personas que no son en absoluto necesarias para la biografía de Caballero Bonald, y cuya publicación puede resultar ofensiva o poco delicada para la persona en cuestión o para sus descendientes. Es el caso de las explicaciones: «... Teresa se vengaba de la desgracia familiar infringiendo todos los códigos morales de su clase. Acabaría sumida en los remolinos de la prostitución sevillana» (202).

El arte no puede obedecer a ninguna consigna previamente establecida desde fuera [...]. El arte es imposible si no se realiza desde dentro de la más rigurosa convicción moral, sea cual sea el sostén ideológico de la vocación» (310).

Encontramos su valoración de la poesía social: «Fue necesaria, hoy ya no lo es. El canto a lo social en las letras no dio quizá el reflejo artístico apetecido o dio frutos poco consistentes». Y Neira añade: «lo que explica en efecto su búsqueda de una poética personal al margen de marbetes preconcebidos, como por su lado habían hecho también otros miembros de aquella pretendida “generación realista” después de la colección Colliure» (331).

En algunas de las anécdotas recogidas parece haber una voluntad, por parte del biógrafo e incluso quizá por parte del biografiado, de ofrecer sugerencias de mejora e innovación para la vida intelectual y docente. Es el caso de la tesis doctoral defendida en una bodega: «Dos semanas más tarde, el día 14 de octubre, José Manuel Caballero Bonald fue protagonista de un acontecimiento insólito. La celebración del tribunal de una tesis doctoral de la Universidad de Cádiz sobre su obra narrativa fuera del recinto docente, pues tuvo lugar en la bodega Arboledilla de Barbadillo. El doctorando era el profesor algecireño Juan José Yborra Aznar y el tribunal fue presidido por Emilio Alarcos Llorach y estuvo formado además por José-Carlos Mainer, Luis García Montero, José Antonio Hernández Guerrero y Manuel Ramos Ortega, que concedieron la calificación de Sobresaliente *cum laude* al trabajo dirigido por Alberto González Troyano, obra de referencia inexcusable en la bibliografía crítica del jerezano desde su publicación un año más tarde» (482).

La actitud provocadora de Caballero Bonald persiste hasta el día de hoy. En la Feria del Libro de Cádiz de 1999 afirmó: «Una manera de ser equivale a una manera de escribir. Siento no tener más tiempo para ser más ambiguo» (489). La mantiene en *Manual de infractores* (2005) «Yo aspiro a que este *Manual* sea incluido en la lista de libros prohibidos por parte de las personas de orden, de los bienpensantes, porque lo escribí contra la norma, contra los gregarios y los obedientes» (504). Siguiendo esta línea, y como complemento de esta biografía, es muy recomendable la lectura del discurso para la entrega del Premio Cervantes (http://www.bne.es/webdocs/Prensa/Noticias/2013/0423_CaballeroBonaldDiscursoCervantes.pdf), donde entre otras muchas ideas, afirma: «Siempre hay que defenderse con la palabra de quienes pretenden quitárnosla. Siempre hay que esgrimir esa palabra contra los desahucios de la razón.»

Consuelo Allué